

¿Desde dónde construir hoy la voluntad utópica?

La utopía remite a un «no lugar». Con ella se alude a una peculiar dimensión, a un espacio no existente en la actualidad, en el que, sin embargo, se postula, se propone que podría llegar a existir lo que hoy precisamente carece de lugar para realizarse. Pero junto con darse en la utopía la apertura de una geografía imaginaria, a partir de la valoración del espacio en que se habita como poseyendo una índole deficitaria, se patentiza igualmente la referencia a un tiempo despojado de las carencias y urgencias del presente, a un tiempo en el que se ficciona la suspensión de la historia, y en el cual se espera que se cumpla la ausencia de sus avatares.

La utopía, por uno de sus lados, al menos, parece responder a una cierta voluntad de fuga del presente, para redimensionarlo más allá de él, de acuerdo al deseo de una eliminación de los conflictos que a él lo puedan traspasar. Así, se convertiría a ese más allá en un ámbito privilegiado de despliegue de las virtudes humanas y, por consiguiente, en un lugar futuro de perfección posible, acorde a ese deseo de insatisfacción generado por el presente. Tal vez por eso la invocación de la utopía despierta en el ánimo de los hombres las figuras de lo estable, seguro y, por ello, de lo absoluto; pero también, por eso mismo, suele recibir la calificación de lo irrealizable, precisamente de lo utópico.

Pero quizá sea posible percibir en las cercanías de las condiciones humanas, desde las que suele practicarse la utopía, otras características de una voluntad de ella que revelen más bien el movimiento contrario al de la fuga frente a los déficit del presente. Un movimiento que en lugar de orientarse por el imán de un futuro garantizado en su perfección por su irrealizabilidad en términos humanos, adquiriese toda su fuerza a partir de su encontrarse inmerso en el multifacético tráfago del presente que acucia y conmueve.

Experimentar el presente desde esta inversión de la mirada, seguramente supone reconocer y asumir que él, si por algo está constituido, por lo tanto, lo sería por el cúmulo de límites, de limitaciones con que diariamente nos encontramos a la hora de pretender hacer lo que queremos, de cumplir nuestros más inmediatos o lejanos deseos. Pero esta experiencia del límite no parece ser ajena a la de la vieja voluntad que se dispara hacia la utopía. Sólo que esta voluntad, al enfrentarse al límite, pretende superarlo a través de un tipo de acción que de algún modo lo elude, al saltar por encima suyo hacia regiones y tiempos en los que él, si no queda borrado, cuando menos languidecería mediante la nueva valoración que ella se esfuerza allí por imponer, debilitando o devaluando la consistencia de todo cuanto otrora pudo mantener erguidos a esos límites.

De este modo, si bien a esa vieja voluntad no le es ajeno el presente, cabría pensar otro tipo de voluntad que ejercerá su fuerza no desde lo otro lejano, utópico, que ella quiere imponer —porque le confiere el valor de lo universal, necesario y por ellos situado en las inmediaciones de la dimensión religiosa de lo eterno y sagrado, de lo cual no han estado exentas las que han sido consideradas como las buenas utopías—, sino más bien, digo, cabría pensar ese otro tipo de voluntad desde la cercanía misma de la impugnación y transgresión de esos límites, o bien desde el rodeo y el merodeo en torno a ellos que en un movimiento de seducción pretende hacerlos suyos, identificándose con ellos y, de ese modo, haciéndolos también desaparecer, a través de aquel peculiar movimiento en que llega a hacerse cuerpo con ellos. Pero en cualquiera de estos dos casos extremos, esos límites quedarían asumidos justamente como tales. Es decir, como aquello que no existe sino en la medida misma en que está allí para ser transgredido o incorporado, pero en un movimiento en que la transgresión o la incorporación del límite reciben de éste igualmente su propia existencia. Pues nada habría fuera de ellos que pudiese legitimar sus respectivas existencias, como no sean las experiencias y valoraciones que unos y otros hombres han hecho de los acontecimientos que pueblan sus respectivos presentes, en que esos límites acontecen.

Pero esto implica, a su vez, que el traspasar o el identificarse con un límite no abre ni el vacío ni se funda en algo subsistente o valioso por sí mismo. Antes bien, lo que allí se abre es la ilimitada condición del límite, de los límites, el hecho de que éstos son precisamente lo que llena el presente, lo que lo hace inalcanzable en el recorrido que por entre él realizamos todos los días, que no concluyen sino con la última e irrevocable exposición de nuestra más inmediata limitación. Aquella que desde hace muchos siglos, milenios, los hombres han solido sentir como una fatalidad: la finitud humana, esa que antes que nada y en último término se exhibe en lo que para cada uno es lo más propio, más cercano e incanjeable que posee: su cuerpo. El cuerpo sería así nuestro límite múltiple como seres humanos: el nacer y el morir sólo marcan sus extremos más notorios. Más acá de él y por dentro estaríamos nosotros, cada uno con su yo particular; más allá y por fuera, los otros, que nos limitan con sus límites propios, sus respectivos cuerpos y egos. Así, mediante el cuerpo se nos abre otra dimensión para transitar por otra experiencia de otra voluntad que puede ser igualmente utópica.

Se sabe ya que alguien ha dicho que la piel es lo más profundo que posee el hombre. Además de ser ella nuestro límite más visible hacia los otros y que de ellos puede separarnos, es también la piel el lugar por donde el otro se nos puede colar hasta regiones insospechadas de esa interioridad nuestra, que queda así vuelta del revés, y expuesta a un fuera que como nunca antes puede llegar a convertirse en lo más interior de nuestro dentro, de aquella interioridad de nuestro cuerpo, que solemos llamar alma, poblada de afectos y de pasiones. No sólo en las situaciones límites del amor y el odio quedarían deshechas, desahuciadas, sin embargo, las distinciones entre el dentro y el fuera de ese límite que es el cuerpo. Ni tampoco entre los sentimientos que se anudan a partir de los momentos en que un embarazo se consuma en un parto, o el asecho de un puñal en la ejecución de su crimen. En innumerables actos de la vida cotidiana se nos hace patente esa porosidad y maleabilidad del cuerpo que lo muestra como un límite con ilimitadas posibilidades de relaciones y sensaciones, que hacen tambalear los pretendidos límites del dentro y del fuera.

Ese límite necesario y a la vez contingente que es nuestro cuerpo, por otra parte, limita con mucho más que todo aquello que inmediatamente lo rodea. En él y en la voluntad que lo mueve a actuar, deliberar y desear, se cruzan también todas aquellas instancias y dimensiones que configuran el presente, y que quedan recogidas o clausuradas a través de la memoria y el olvido, impulsadas o reprimidas mediante el proyectar y el ficcionar. Insertar esa voluntad en el presente a través de su límite más evidente que es el cuerpo, supone así, pues entender al presente no simplemente como a un punto evanescente del tiempo que a cada instante se deshace hacia atrás en el pasado o que aún no se fija en un gesto entero todavía en ciernes, sino más bien implica considerarlo desde la densa complejidad de una figura que lo exhibe como eje y encrucijada, que, a la vez, es un efecto de todo cuanto hacia él va, pasa por él y continúa su marcha certera o inquieta, reobra también sobre cada uno de esos momentos de tránsito en que se recrea el vivir.

Pero al juntar de ese modo al presente y al cuerpo, como lugares habitados por múltiples límites rediseñables continuamente, cabría decir que asumir desde ellos una voluntad utópica de otro cuño que la sabida usualmente, significa ejercitar esa voluntad desde la ilimitada historia y geografía de los límites humanos. La eventual bondad de esta paradoja de lo ilimitado de los límites, radicaría en que ella no borra ninguna presencia ni hace enmudecer ningún argumento esgrimido por ellos, sino que precisamente, al revés, la multiplica al darles cabida y la palabra en lo que sucede, en tanto fuerza a tener que moverse dentro de la condición inapelable de los hechos de la cotidianidad, de la materialidad de lo concreto. Pero esto no significa sino el tener que moverse entremedio de la historia que está a la base de toda memoria y olvido, de lo que de éstos se ha hecho cuerpo en los hombres mediante sus actos y omisiones, y pasando igualmente a través de la geografía específica de los lugares que recogen o pretenden ocultar las conductas y los hechos de hombres que se han solidarizado o enfrentado, unos con otros, en el curso del siempre conflictivo y agónico propósito de modelar un cuerpo más amplio que el propio, el de aquella sociedad en la que los hombres despliegan y buscan modelar sus deseos e ideas.

El presente es, así, un acontecer que sucede tanto en ese lugar intransferible que es el propio cuerpo, como en aquél otro muchas veces ajeno y enajenante, el social, que aun cuando suele mostrársenos como siendo algo múltiple, heterogéneo, contradictorio y transformable, también llega a convertírsenos en una referencia incanjeable para entender mucho de lo que nos pasa y se queda en nosotros, y a pesar de que estemos conscientes o no de ello. Una voluntad que insista en permanecer y recorrer el presente, tal vez no hace otra cosa más que esforzarse por pensar y ganar el único espacio donde una y otra vez se ponen en juego el pasado y el futuro, desde donde éstos son reinterpretables y se puede rearticular o configurar sus movimientos, y desempolvar o modelar las máscaras con que uno ha sido cubierto o al otro se lo anticipa imaginariamente. La voluntad de pensar este acontecer seguramente supone estar dispuesto a trastocar o fracturar muchas de las figuras e ideas mediante las que se ha intentado comprenderlo, aunque haya sido al precio de congelarlo en las diversas imágenes de una identidad que se suele pulir en los fastos oficiales de los homenajes conmemorativos. Quizá, debido a los riesgos implícitos en ese pensar, a las inercias que éstos despiertan en las mentes, o a la fuerza de gravitación que sobre muchos hombres generan estos discursos de poder —inseparables de cualquier ejercicio de reflexión—, resulta que insistir en pensar ese acontecer puede convertirse, hoy, en una tarea utópica. Bien pudiera ser, así, que lo utópico fuese justamente intentar ejercer el pensar a través de todo cuanto hoy se ha hecho cuerpo en nosotros de ese acontecer que somos o estamos siendo.

Una voluntad de pensar a partir de la ilimitada historia y geografía de los límites del presente —que hoy podría percibirse como una modulación utópica, y sin embargo construible— no parece que deba temer que oscile por sobre ella el fantasma del aplanamiento o la obnubilación de sus deseos. Pues, precisamente, es allí en donde cabría que el hombre se ponga radicalmente en juego y corra el riesgo de asumir la finitud y aleatoreidad de su existencia. Es allí también donde ésta bien puede alcanzar su mayor brillo humano en la posibilidad de que esa voluntad se muestre como una voluntad de crear y recrear en el presente la entera figura de unos hombres que

no renieguen de su condición en pos de una imagen de perfección, que más bien los aliena, diluye en su belleza inerte proyectable en el no lugar inalcanzable de las utopías de otrora.

Tal vez sea posible pensar en la existencia de una voluntad «utópica» del presente que desde él actúe con él y contra él, para de ese modo perfilar la figura de otros presentes, que habrán de ser asumidos cada vez como tales. Se trataría, con esto, de aprender a desplegar el ejercicio de una voluntad que no postergue el presente, sino que más bien lo afirme incluso en todas las dimensiones espurias, fugaces, frustrantes que lo componen, pero que no lo agotan, pues a su lado y entre ellos podría percibirse también el destello de lo que en él se sea capaz de crear y de afianzar entremedio del acontecer. Y no, en último término, crear la posibilidad de diseñar para la finitud de la propia vida un estilo en el que transparezcan nuestros más íntimos deseos, capaces de ficcionar también ideas, al hilo de los acuerdos y desacuerdos del estilo de un pueblo entero, una sociedad pueda llegar paralelamente a crear para sí. Es probable que una utopía del presente —en la que tal vez nuestros actuales desconciertos y desazones mostrarían que ya hemos comenzado a habitar un poco a tientas en ella— tenga que aprender a conjugar de otro modo la verdad y la felicidad, en términos que posean una densidad transitiva y plural, como acciones y prácticas discursivas de las que intentamos apoderarnos y que nos apoderan, que caleidoscópicamente se hacen y deshacen, pero que no por ello cesa de tejerse entremedio de ellas la tela con que nos vestimos cotidianamente.